

PLAZA DOMINICAL

Miguel Angel Granados Chapa

Canadá, Estados Unidos
Y México, ¿cuándo?

Algo tiene de simbólico el que por primera vez en la historia del beisbol el campeón del mundo no sea un equipo norteamericano, sino de Canadá? La victoria, anoche, de los Blue Jays de Toronto sobre los Braves de Atlanta significó, de inmediato, la frustración del pronóstico deportivo del presidente Bush, seguidor de los hombres del tomahawk. Pero también revela uno de los efectos del

PLAZA DOMINICAL

Viene de la 1

fenómeno de integración: el que habilidades propias de un país sean transferidas a su socio. En este caso es la primacía beisbolera. En México deseáramos que de nuestra asociación con los vecinos del norte obtuviéramos el provecho de formas democráticas de las que ¡ay!, estamos todavía muy distantes.

El lunes 19, por ejemplo, ocurrió el tercer debate entre los candidatos presidenciales en Estados Unidos. Se trata de aspirantes con verdaderas posibilidades de imponerse a sus adversarios, porque los partidos que sostienen a dos de ellos se han alternado casi regularmente en el poder en el último medio siglo. Su comparecencia ante las cámaras de televisión, es decir ante el público en general, permite que se conozcan sus reacciones ante estímulos concretos.

Tener información sobre rasgos de la personalidad, los que afloran en una disputa verbal por aparecer como mejores que los demás, contribuye a que los electores se formen la opinión que expresarán en las urnas. Tienen acceso a esa información, además, a través de una media docena de cadenas de televisión y radio, que a través de una variedad de periodistas proponen los temas de examen.

Es cierto que ni la diversidad de los canales de televisión y menos aún de los partidos y los candidatos corresponden a un ancho rango de opciones. Pero las hay, reales y valederas. Si el Presidente Bush congregara a los gobernadores, congresistas y dirigentes sociales adheridos al Partido Republicano, no estaría presente en la reunión la abrumadora mayoría de los gobernantes.

Mañana, lunes 26, los canadienses efectuarán un referéndum, es decir la consulta a los ciudadanos sobre cuestiones cuya importancia excede los límites de la representación confiada a los parlamentarios. El asunto en disputa encierra varios aspectos y aun más implicaciones. En síntesis, se trata de la distribución del poder entre el poder federal, de Ottawa, y el de las regiones y las comunidades.

El referéndum es parte de una paciente labor de orfebrería política, necesaria allí donde las voluntades deben ser concertadas y no manejadas. Los varios intereses de ese complicado mosaico étnico, cultural y geográfico que es el antiguo Dominio del Canadá encuentran en la combinación de conferencias de líderes, actuaciones parlamentarias y apelación al voto ciudadano el mecanismo para encausar los conflictos.

No es para menos: la consulta implica reformas constitucionales que deben hacerse pausada y pensadamente, y supone además procesos que conciernen a la integridad nacional canadiense. La sombra de un Quebec separado de la comunidad anglohablante se cierne sobre el referéndum, aunque no esté planteada por ahora de modo explícito. A pesar de que el referéndum no es vinculatorio, es decir, no obliga a los órganos regulares de gobierno a moverse en la dirección indicada por la consulta, es claro que no pueden alejarse demasiado de ella. Si lo hicieran, no tardarían en pagarlo.

Pronto habrá elecciones federales, y



Ayer inició en la plaza de armas de San Luis Potosí la marcha hacia la ciudad de México, encabezada por doña Concepción Calvillo viuda de Nava ■ Foto: Elsa Medina

locales en Quebec, donde los ciudadanos tendrán ocasión, de nuevo, de hacer saber lo que piensan. El Partido Conservador, que hoy gobierna en la nación entera, pueden ser reemplazado por los liberales, que hace no mucho controlaban el Parlamento.

Después del 26 de octubre en Canadá, y del 3 de noviembre en Estados Unidos, no se producirán protestas ni alegatos de fraude, ni se eslabonarán las secuelas de cólera oposicionista-resistencia-ajuste-cólera de los presuntos triunfadores sometidos por el ajuste. La causa de que los comicios terminen de manera tersa radica en una tradición de respeto al voto y a la inexistencia de un partido hegemónico, que haya dominado el panorama del poder durante más de seis décadas.

La comparación anticipada en las líneas anteriores entre rasgos de los sistemas políticos de Canadá, Estados Unidos y México es mecánica, y no tiene en cuenta los diversos factores históricos que confluyeron en esos resultados. Pero ya que la prédica gubernamental mexicana insiste en hacernos competitivos con los dos países al norte de nuestra frontera, no es pura ingenuidad anhelar que las semejanzas y diferencias de nuestras economías y procesos productivos queden también de manifiesto en lo que toca a la política, para aprovechar lo que pueda hacernos una sociedad menos conflictiva.

Varios litigios sociales, bullentes en la vida pública mexicana, requirieron del Presidente Salinas un peculiar esfuerzo de comunicación en esta penúltima semana de octubre, que hoy concluye. Parte, en ese empeño, de una posición privilegiada. La suma de sus poderes le permite ejercer un liderazgo lo mismo que sobre los hombres del dinero que sobre los hombres del poder formal.

El lunes, encabezó la firma del Pacto que, con denominación distinta aunque un mismo propósito, prolonga el largo ejercicio dirigista iniciado en 1987. La meta, como la estrategia, son idénticas. Se trata de mantener baja la inflación. Los medios para lograrlo son varios,

pero uno sobresale: los precios tienen libertad para moverse, los salarios no. O se mueven a velocidades distintas, en perjuicio del poder de compra de los trabajadores.

Quien formalmente habla por ellos, Mario Suárez, presidente del Congreso del Trabajo, atrevió una tenue solicitud de comprensión, dirigida al Presidente. He allí, en una nuez, la verdadera relación de poder: no es el Jefe del Estado quien solicita ser comprendido al emprender una nueva etapa de política económica que afecta adversamente a los trabajadores. Es al revés.

El lunes, en la firma del Pacto, están presentes los dirigentes empresariales. La mayor parte de ellos encabezan gremios de afiliación forzosa. Ostentan una representación nacida más de la voluntad de la ley que de los afiliados. Los verdaderamente poderosos, los que manejan las empresas estratégicas, agrupados en el Comité Mexicano de Hombres de Negocios, fueron convocados después por el Presidente. Si creemos a Agustín Barrios Gómez, que recibe confidencias de algunos de los presentes, no se habló sólo de economía. Dijo el columnista de *El Universal*, que la política, y la política de línea dura, ocupó espacio en la reunión.

Los dueños del gran dinero ponen fin a las "concerta-cesiones", pues "se ha llegado al límite de la tolerancia y es necesario poner un hasta aquí a los plantones e intentos caóticos de diversos grupos". Se refieren a la protesta posterior a elecciones (o, como en San Luis, previa a ellas). El Presidente de la República, en algún momento de su sexenio al menos, es atendido como líder por los más ricos de México. En especial esos poderosos otorgan ese carácter al actual Jefe del Estado, con cuya política económica concuerdan punto por punto, no sólo porque se han beneficiado directamente de ella, sino porque han proclamado sus puntos esenciales desde que se integraron en ese organismo de defensa y presión hace treinta años.

Luego, el Presidente convocó a Los Pinos a los priístas que gobiernan. Son

muchos. Son casi todos los que ejercen cargos de gobierno y deliberación legislativa. De manera más eficaz que cualquier explicación sobre el carácter hegemónico de ese partido, la sola congregación de las mayorías legislativas, casi todos los gobernadores (sólo tres, por panistas, estaban ausentes), todos los secretarios de Estado, y sus subsecretarios y oficiales mayores, los jefes de las agrupaciones sindicales.

Si hubieran acudido los alcaldes, habrían venido más de dos mil, de los dos mil quinientos municipios que hay en el país. Ese dato contradice con la contundencia de los hechos las promesas de verdadera contienda partidaria. Porque, aun si la competencia se iniciara ahora, la ventaja incontrastable de que parte el que ha sido el instrumento electoral del Estado prolongaría la etapa transicional por décadas enteras.

Por añadidura, el espectáculo que ofrecían los gobernantes priístas reunidos el miércoles 10, oyentes atentos del Presidente de la República, encerraba una contradicción. Uno de los puntos medulares del discurso presidencial (a cuyos tres tramos dedicaremos la *Plaza Pública* del lunes al miércoles) habló de un partido reformado. Y salta a la mente la interrogación de si tal reforma no implica lo imposible: el que deje de ser, el PRI, el aparato presidencial para la práctica de su política personal.

La confusión entre la jefatura de gobierno y la jefatura de partido es común en los gobiernos parlamentarios. Pero cuando a esos mandos se agrega el poder sin contraste de un Presidente de la República muy fuerte en la letra de la ley y aun más vigoroso por la fuerza de la política y las inercias, se tiene un obstáculo sustancial para toda intención de hacer del PRI un partido como los demás, capaz de ganar y perder.

La junta priísta fue difundida, aunque sólo se conocieran versiones subjetivas de no pocos agregados que el Presidente hizo a su discurso escrito. Constituyó, de esa manera, una especie de preinforme, contrariando la tradición que imponía silencio a las vísperas de la apertura de sesiones del Congreso de la Unión.

El calendario político forzó esa anticipación. Las expectativas financieras y monetarias, y la desaceleración que deja a su paso cadáveres de empresas, obligaron a adelantar varias semanas el nuevo Pacto. Igualmente, la deplorable proximidad del Informe, que ha de dar cuenta de la posición mexicana ante el TLC, y las elecciones norteamericanas, forzaron al Presidente a exponer su propia posición ante la eventualidad de que no sea el Presidente Bush, con quien se ha entendido, y no el gobernador Clinton, a quien no conoce, quien ocupe la Casa Blanca los próximos cuatro años.

Parece significativa la diferencia entre uno y otro resultado, para México. Para Cuba, en cambio, la ominosa sombra del intervencionismo descarado será la misma si triunfan los republicanos que si los demócratas llegan a la Presidencia. Así lo enseña la coincidencia de ambos partidos al llevar adelante el *Acta para la Democracia en Cuba*, grosera repetición de la grosera Enmienda Platt, aunque hayan sido dictadas con noventa años de diferencia.